

CRISTINA GARCÍA FERNÁNDEZ

Las causas de la emigración en África

La expoliación de recursos naturales, la falta de voluntad de las clases dirigentes para reactivar la economía, la escasa incidencia de las inversiones en la actividad productiva, así como el neocolonialismo y la corrupción, han llevado a África a una situación de empobrecimiento forzoso con limitada capacidad de recuperación. El continente padece un enriquecimiento sin desarrollo que ni los gobiernos autóctonos, ni las clases dirigentes que conforman las élites políticas, ni las organizaciones internacionales han sabido o querido solventar. En semejantes circunstancias, muchos africanos optan por emigrar en busca de una vida mejor.

Al analizar las causas de la emigración africana hay que aislar los factores políticos de aquellos que constituyen la realidad de un subdesarrollo profundo que arranca con la descolonización. La regularización realizada por España en 2005, que por cierto benefició a pocos africanos, puede haber acrecentado la llegada masiva de inmigrantes a nuestras costas, pero es un factor entre muchos y, desde luego, no el más importante. Es necesario revisar la intervención occidental en el continente africano para concluir que la repatriación de las personas que huyen de forma desesperada de la región es la guinda de una tremenda expoliación de recursos naturales que, administrados de otra manera, deberían bastar para que todos los africanos pudieran vivir en sus lugares de origen. Pero la realidad es otra, incluso en los países más ricos de África.

Que la mayor parte del continente africano es pobre, es una idea interesada. Efectivamente, hay regiones que carecen de recursos, pero esto también sucede en muchos países de Europa y la situación en ellos es bien distinta. África posee enorme riqueza en recursos naturales como oro, platino, cobre, diamantes, uranio, petróleo, gas y coltán; grandes reservas pesqueras tanto de agua dulce como oceánica; cultivos cuya exportación debería aportar alta rentabilidad a extensas regiones; bosque tropical y ecuatorial e impor-

Cristina García Fernández es profesora en el Departamento de Economía Aplicada V de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid

tantes recursos turísticos. Si de todo ello se derivasen industrias autóctonas, y si tantos conflictos armados no estuvieran patrocinados por intereses foráneos, probablemente la penosa historia de las pateras, cayucos y verjas fronterizas no se produciría.

A pesar de todo, la emigración africana intercontinental –principalmente hacia Europa y EEUU– es escasa si se considera la totalidad del continente. El grueso de la emigración es intracontinental, es decir, África es el punto de salida y entrada de la emigración actual de origen africano. Además, la mayor parte de la población del continente, sumida en la miseria, ni siquiera puede soñar con emigrar.

Razones para emigrar

La pobreza o subdesarrollo forzoso que padece el continente desde hace décadas es fundamental para comprender por qué se producen las oleadas migratorias desde África. Pero, para analizar las causas de este fenómeno también hay que introducir el factor occidental. En el colonialismo de los siglos XVIII y XIX y, sobre todo, en las primeras cinco décadas del XX que trajeron las independencias y los gobiernos autóctonos, está el origen del neocolonialismo, el neopatrimonialismo y la corrupción que han dado lugar al “enriquecimiento sin desarrollo” de África.¹ Tras la descolonización, las antiguas potencias coloniales encontraron un nuevo acomodo mucho más productivo y menos costoso; una situación en la que la explotación de recursos naturales con la complicidad de los gobiernos locales corruptos era la dinámica general. Así es como se enriquecieron las oligarquías que han originado un neopatrimonialismo insano en lugar de un sano desarrollo económico.²

Este sistema neopatrimonial era intrínsecamente inestable por dos motivos fundamentales. En primer lugar, la situación de bienestar económico relativo –un activo colonial útil y precios estables para la exportación– se vino abajo con la crisis económica mundial de los años setenta. A medida que las rentas disminuían y se incrementaba la deuda, los patrocinadores africanos comenzaron a encontrarse desprovistos de medios. La competencia polí-

¹ Término acuñado por el profesor Patrick Chabal en “África en la era de la globalización”, *Revista Pueblos*, N° 7, 15 de julio de 2003, pp. 11-13.

² Tras la independencia, en África surgió un sistema político neopatrimonial basado en vínculos verticales de patrocinio entre las élites políticas y sus distritos electorales clientes. Para entender este sistema hay que remontarse al periodo colonial. Entonces los poderes coloniales centraron su atención en encontrar mecanismos para mantener su posición y defendieron y reforzaron su control manipulando y reordenando las estructuras tradicionales o las tribus dominantes. Los líderes autóctonos que estaban dispuestos a satisfacer las necesidades del Estado europeo invasor fueron mimados y se les delegó el poder a través del mantenimiento indirecto de la ley y el orden. Con la descolonización, aunque los gobernantes fueron sustituidos, las estructuras de la maquinaria estatal raramente se transformaron de modo sustancial. Los líderes autóctonos se convirtieron en clientes directos del poder estatal. Esta manera de gobernar ha sido a menudo denominada neopatrimonialismo. Así, la política contemporánea en África debe ser entendida como el ejercicio del poder patrimonial, que indica que, a pesar de la existencia de estructuras políticas oficiales, el poder se mueve esencialmente en el terreno extraoficial.

tica se incrementó en una situación en la que la búsqueda de recursos se hacía cada vez más difícil. Como el acceso a los bienes gubernamentales era fundamental, las luchas por el poder se intensificaron.

En segundo lugar, el sistema neopatrimonial era esencialmente incompatible con un desarrollo sostenido, ya que no fue capaz de fomentar el crecimiento económico. Los nuevos Estados independientes se encontraron con serios impedimentos a la hora de decidir cómo querían desarrollar las fuerzas de producción (agrícolas e industriales) para sacar a África de la precariedad en la que había quedado tras el dominio colonial. Ni el discurso ni las actuaciones iban en el sentido de desarrollar las fuerzas productivas. Por el contrario, el objetivo era la creación de una infraestructura que aumentaba la capacidad de la nueva clase gobernante para acumular riqueza, a la vez que reducía los obstáculos que impedían que el capital internacional siguiera con su explotación. La legitimidad política se basaba en el mantenimiento de una situación en la que los líderes tenían que exhibir la imagen de riqueza que su puesto requería y alimentar las redes de las que dependía su estatus. Tanto los Estados africanos como los empresarios raramente invirtieron en actividades económicamente productivas.³

Aunque África se halla inmersa en una profunda crisis económica, y la pobreza es inmensa, sus élites políticas han acumulado una enorme riqueza

Actualmente África vive una situación paradójica. Aunque el continente se halla inmerso en una profunda crisis económica, y la pobreza es inmensa, sus élites políticas han acumulado una enorme riqueza. Se calcula que las fortunas ocultas en bancos extranjeros (sobre todo en Suiza) son prácticamente equiparables al total de la deuda externa del continente.⁴ Según Chabal, también “existen algunos dirigentes africanos que continúan amasando fortunas a pesar del colapso total en que se hallan los países de los que se benefician”.⁵ ¿Cómo se puede generar tanta riqueza en semejantes condiciones? El enriquecimiento sin desarrollo que padece África depende, esencialmente, de tres factores fundamentales.

El primero es que el continente cuenta con una enorme cantidad de recursos naturales con los que comercian –legal o ilegalmente– quienes ostentan el poder. Los beneficios obte-

³ Dan W. Nabudere, *Africa in the New Millenium: Towards a Post-Traditional Renaissance*, James Currey, Londres, 2000.

⁴ Patrick Chabal, *op. cit.*

⁵ Son los casos de Teodoro Obiang, presidente de Guinea Ecuatorial que lidera una de las dictaduras más corruptas y opresivas del mundo; Charles Taylor, ex presidente de Liberia que va a ser juzgado por el Tribunal Internacional, o Laurent Kabila, ex presidente de la República Democrática del Congo.

nidos son, parcial o totalmente, desviados a las élites políticas o a los “señores de la guerra” que controlan la zona. Además, hoy en día, una gran parte de la explotación de los recursos naturales ha sido transferida o vendida a las grandes corporaciones multinacionales o a los gobiernos de los países desarrollados.

En segundo lugar, aunque los Programas de Ajuste Estructural pretendían que el mercado escapara de la influencia del Estado, la realidad es que han servido para reforzar la posición de las élites políticas, ya que han puesto en sus manos gran cantidad de recursos financieros.⁶ Esta situación, unida a la oleada privatizadora de los propios recursos que ha calado en África desde hace un par de décadas, es la causante de que gran parte de las inversiones que llegan al continente no tengan una incidencia real en los índices de desarrollo.

Precisamente, las inversiones que recibe la región constituyen el tercer aspecto. Aunque son cuantiosas, no se convierten en fuente de crecimiento económico debido en parte a la ineficiente distribución de los recursos que realiza la clase dirigente. Ésta se encuentra cada vez más involucrada en transacciones financieras y comerciales de carácter ilegal, desde blanqueo de dinero (como se demostró documentalmente en el caso del Banco de Crédito y Comercio Internacional)⁷ hasta tráfico de drogas (se dice que los nigerianos dominan el mercado en Nueva York).⁸

África no es simplemente la víctima de la globalización.⁹ Sus élites participan activamente en el mercado extraoficial a nivel mundial, mientras millones de africanos se empobrecen cada año más porque la riqueza que circula por el continente no estimula ningún desarrollo económico sostenido. Sin embargo, para aquéllos que prosperan dentro de la economía global extraoficial, el enriquecimiento sin desarrollo es una situación muy beneficiosa.

La explotación de los recursos naturales

Sobre la grave explotación de los recursos naturales que padece África existen algunos ejemplos ilustrativos. El primero es muy reciente y atañe a España directamente. Es el caso

⁶ Firoze Manji, *African Voices on Development and Social Justice*, Pambazuka News, Oxford, 2004.

⁷ El escándalo del Banco de Crédito y Comercio Internacional saltó en 1991 cuando quedó demostrada su trayectoria de blanqueo de dinero procedente del tráfico de drogas, financiación del terrorismo internacional, tráfico de diamantes, contrabando, intentos de desestabilización de algunos países, etc. Una revisión completa del caso puede encontrarse en www.argentina.attac.org, en un artículo de Julio Sevares o en el artículo de Isaac Martín Barbero “Delincuencia económica, blanqueo de capitales e inteligencia financiera”, *Boletín ICE Económico*, Nº 2808, 2004.

⁸ Patrick Chabal *op. cit.*

⁹ Dan W. Nabudere, *Globalisation and the African Post-colonial State*, AAAPS, Harare, 2000.

de Senegal, el país de partida de centenares de cayucos repletos de inmigrantes indocumentados. Antes, miles de senegaleses utilizaban estas embarcaciones en la pesca atlántica. Pero desde que el presidente Abdoulaye Wade firmó concesiones de pesca con diversas firmas de grandes barcos extranjeros que saquean los caladeros, los nacionales se ven obligados a comprar una licencia de pesca que no pueden pagar, por lo que esta actividad ha dejado de ser su medio de vida. Del dinero pagado por las concesiones, nada llega a la población. El mejor uso que los senegaleses pueden dar a sus cayucos es utilizarlos como transporte hacia las islas Canarias. Esto ha alarmado al Gobierno de España, que ha optado por pagar a Senegal y Mauritania para que permitan la repatriación de los que llegan a las costas españolas. Todo ello revierte en más enriquecimiento para las oligarquías senegalesas, mientras la población se empobrece y desespera cada vez más.¹⁰

Otro caso es el del lago Victoria, el mayor de agua dulce en África, con litoral en Tanzania, Uganda y Kenia. Allí se introdujo artificialmente la llamada perca del Nilo, un pez que no es originario del lago. Esta especie acabó con la fauna autóctona y con el equilibrio ecológico del Victoria, que a no muy largo plazo será un lago muerto.¹¹ Ahora, las pesquerías creadas para estos fines emplean en condiciones infrahumanas a centenares de tanzanos, algunos llegados de lejos, sin techo, sin seguros, sin sanidad, sin nada. Ellos trocean, empacan y congelan el pescado, que después es cargado en aviones con destino a la Unión Europea.¹² Los aviones llegan con armas y regresan con los filetes de perca –en España se comercializa como mero–. Los trabajadores y el resto de la población de la zona solo tienen acceso a las cabezas y espinas dorsales. En este caso, la industria tampoco produce desarrollo económico, pues Tanzania sigue siendo uno de los países más pobres de África.

Debido a las grandes reservas de hidrocarburos del continente, las principales transnacionales petroleras también han extendido sus redes. Con el respaldo de los gobiernos africanos, estas multinacionales están diseñando

El mejor uso que los senegaleses pueden dar a sus cayucos es como transporte hacia las islas Canarias

¹⁰ En Senegal, la tasa de desempleo es de un 48%; la alfabetización media nacional ronda el 43% y la población que vive bajo el umbral de pobreza alcanza el 54%.

¹¹ La primera alarma por el agotamiento de la pesca en el lago llevó a los británicos a introducir en 1954, contra el criterio científico de entonces, la perca del Nilo, un depredador de 200 kilos de peso y dos metros de largo que consume enormes cantidades de peces pequeños y que ha eliminado a los peces nativos. Desde entonces, se han perdido 200 especies únicas y las 150 que quedan están extinguiéndose.

¹² Patricia Ortega Dolz, "Destino Barcelona o el infierno", *El País*, 4 de junio de 2006.

un sistema de integración comercial y de infraestructuras que les permita acceder a los principales yacimientos de gas y petróleo. Estos proyectos cuentan con el aval de Naciones Unidas, a través de su política de apoyo a las nuevas asociaciones público-privadas, y con la financiación de instituciones internacionales, agencias de crédito para las exportaciones y banca privada.

En este contexto se impulsó, en 2001, la iniciativa del Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD), con el objetivo de acelerar la integración económica, mejorar el acceso a los recursos naturales del continente y reducir los riesgos para los inversores mediante reformas legales e institucionales. Sus estrategias han sido aumentar la productividad agrícola, industrial y extractiva y fomentar la liberalización de las economías africanas. El NEPAD busca la total apertura comercial y la asistencia técnica y financiera bajo los eufemismos de la “erradicación de la pobreza”, la “mejora de la calidad de vida” y otras consideraciones formales, cobijadas en el discurso neoliberal de la transparencia y la gobernabilidad.¹³

La revisión de todos estos casos conduce a la cuestión del enriquecimiento de las élites dirigentes que, sirviéndose de la oleada privatizadora, ponen en manos de agentes extranjeros una de sus mayores fuentes de riqueza: los recursos naturales. Ningún especulador privado querría invertir su capital si no obtuviera ganancias y, actualmente, África ofrece altos porcentajes de retorno sobre el capital gracias a su riqueza en recursos y sus gobiernos dependientes. Como dijo Julius Nyerere, ex presidente de Tanzania: “África atrae solamente a misioneros y mercenarios: misioneros para consolar a los pobres y mercenarios para supervisar el saqueo”.¹⁴

Las privatizaciones y los Programas de Ajuste Estructural

La estrategia privatizadora ha calado en África convirtiéndose prácticamente en una plaga inevitable. Las instituciones de Bretton Woods –Fondo Monetario Internacional (FMI) y Banco Mundial (BM)– y los poderes occidentales dominantes están obligando a los gobiernos africanos a comulgar con las privatizaciones. Incluso la llamada reducción de la deuda del G-8 (grupo integrado por los siete países más industrializados –EEUU, Reino Unido, Canadá, Francia, Alemania, Italia y Japón– y Rusia) impone la privatización como una de sus condiciones.

¹³ El Banco Africano de Desarrollo (BAD), que ha comprometido su apoyo a numerosos proyectos dentro de los Planes de Acción de Corto Plazo (STAP) del NEPAD con más de 370 millones de dólares, es uno de los principales soportes de esta iniciativa. Otros socios son los Gobiernos de EEUU y la Unión Europea, algunas instituciones financieras internacionales y, por supuesto, las corporaciones transnacionales.

¹⁴ Issa Shivji, “Tanzania, ¿privatización/piratización de nuestros bosques?”, *Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales (WRM)*, boletín N° 99, noviembre de 2005.

Las instituciones de Bretton Woods, que después de la II Guerra Mundial invirtieron grandes sumas en los países europeos para asegurar la reactivación de sus economías, pasaron a ser, tras la crisis de los años setenta, los nuevos directores de las economías del mundo en desarrollo. A través de sus Programas de Ajuste Estructural¹⁵ han ido determinando el grado de intervención del Estado en el sector social y han insistido en la conveniencia de imponer medidas sociales y económicas (inadecuadas) que han provocado el aumento del desempleo y la reducción de los salarios reales de la mayor parte de la población.¹⁶ Como consecuencia de estas políticas, los países africanos han sufrido una reestructuración económica y social que ha fortalecido aún más las alianzas que simpatizaban con la hegemonía de las instituciones multilaterales y de las empresas multinacionales.

La privatización de los bosques tropicales de Tanzania a cambio de la eliminación de la deuda externa ilustra esa oleada privatizadora sostenida por el FMI y el BM.¹⁷ Una vez más se constata el enriquecimiento foráneo y oligárquico local, la ausencia de desarrollo económico y el aumento del empobrecimiento de las regiones afectadas. En 2005, la deuda externa de Tanzania fue de 7.516 millones de dólares; la esperanza de vida, de 46 años.¹⁸

La privatización y comercialización de los productos del bosque es el paradigma de la nueva tendencia. Los bosques se han vuelto importantes para el capital empresarial no solamente por los recursos madereros, sino también por los recursos biológicos. Las consecuencias de esta tendencia van mucho más allá de la deforestación, pues el capital los convertirá en productores de materias primas para sus laboratorios de ingeniería genética (en el exterior). El coltán, también denominado “el oro más reciente”, es un buen ejemplo. En las provincias del este de la República Democrática del Congo se encuentra el 80% de las reservas mundiales de coltán.¹⁹ Debido a sus propiedades físico-químicas, este mineral es fundamental para las industrias de aparatos electrónicos, centrales atómicas y espaciales, misiles balísticos, videojuegos, aparatos de diagnóstico médico no invasivos, trenes sin ruedas (magnéticos), fibra óptica, etc. Sin embargo, el 60% de su producción se destina a la elaboración de los condensadores y otras partes de los teléfonos móviles.

¹⁵ J. Barry Riddell, “Things Fall Apart Again: Structural Adjustment Programmes in Sub-Saharan Africa”, *The Journal of Modern African Studies*, N° 30, 1992, pp. 53-68.

¹⁶ B. Campbell, “Indebtedness in Africa: consequence, cause or symptom of the crisis?”, en Bade Onimode (Ed.), *The IMF, the World Bank and the African Debt: The Social and Political Impact*, Zed Books, Londres, 1989.

¹⁷ Firoze Manji, *La despolitización de la pobreza*, Pambazuka News, Oxford, 1998.

¹⁸ El gasto del PIB en educación fue de un 2,2% (sólo un 0,9% de la población llega a la educación superior) y el servicio de la deuda alcanzó un 7,3% del PIB. El PIB total de Tanzania, un país con casi un millón de kilómetros cuadrados de extensión con apenas 39 millones de habitantes, es de 24.700 millones de dólares.

¹⁹ Juan Carlos de la Cal, “Cuando la riqueza es una tragedia”, *El Mundo*, 4 de junio de 2006.

La
inversión
extranjera
directa
favorece el
enriqueci-
miento sin
desarrollo

El coltán permite que uno de los sueños occidentales se haga realidad: con él, las baterías de los celulares mantienen más tiempo su carga, ya que los microchips de nueva generación elaborados con este mineral optimizan el consumo de corriente eléctrica. En los últimos diez años, grandes multinacionales como Nokia, Ericsson, Siemens, Sony, Bayer, Intel, Hitachi, IBM y muchas otras han puesto sus ojos en el coltán. Por eso se han configurado una serie de empresas asociadas a los grandes capitales transnacionales, los gobiernos locales y las fuerzas militares (estatales o guerrilleras) para la extracción del coltán y de otros minerales como el cobre, el oro y los diamantes industriales. Las grandes marcas comenzaron la disputa por el control de la región a través de sus aliados autóctonos. En las minas trabajan diariamente más de 20.000 personas bajo un sistema represivo organizado por las fuerzas militares y los poderes locales. Los trabajadores cobran unos diez dólares por kilo de coltán, que en el mercado de Londres cotiza alrededor de los 250-300 dólares.

Las inversiones

El tercer factor que influye en el enriquecimiento sin desarrollo son las inversiones. Éstas llegan a África sobre todo en forma de inversión extranjera directa (IED). El problema es que su rendimiento no se queda en el continente africano, sino que son las empresas transnacionales las que perciben los retornos.

Según el Informe Mundial de Inversiones de 2005,²⁰ durante 2004 África mantuvo el nivel relativamente alto en los flujos de IED alcanzado durante el año anterior. Por este motivo, la inversión extranjera directa que recibió la región no tuvo un aumento significativo en dicho período, creciendo sólo un 0,5% –pasó de 18.005 millones de dólares a 18.090 millones–. Incluso, de los 53 países que componen el continente, algunos como Angola, Marruecos y Nigeria vieron disminuir sus flujos. Curiosamente, estos tres países suelen situarse entre los principales receptores de inversiones de la región. Por lo general, la IED en África ha mantenido su elevado nivel debido a los altos precios de los minerales (cobre, diamantes, oro y platino), que han alcanzado importantes cotizaciones en los mercados mundiales. Esto hace prever que, durante los próximos años, habrá flujos de inversión similares.

²⁰ En www.unctad.org/en/docs/wir2005_en.pdf

Pero, ¿impulsarán estas inversiones el crecimiento del continente africano? África carece de los requisitos esenciales para que la IED genere efectos positivos en sus diferentes países y sectores, es decir, capacidad tecnológica, innovación, educación, política de inversiones, personal cualificado, recursos humanos... En definitiva, los factores necesarios para que se produzca el enriquecimiento con desarrollo.

La inversión extranjera directa en actividades de investigación y desarrollo (I+D) puede ayudar a los países a fortalecer su capacidad de innovación, lo que les permitirá ejecutar funciones más exigentes, manejar equipos más avanzados y fabricar productos más complejos. Sin embargo, estos beneficios no se logran automáticamente. Para entrar en ese juego hay que reunir unas condiciones muy exigentes, por lo que la mayoría de los países en desarrollo se quedan fuera. La posibilidad de que un país africano acoja actividades de I+D de alguna empresa transnacional y saque partido de la conexión con sus redes internacionales depende de sus capacidades tecnológicas. En la mayoría de los Estados africanos, dichas capacidades son altamente precarias, por no decir inexistentes. Lo mismo sucede con la calidad de los recursos humanos y las instituciones (incluidas las organizaciones y normas que regulan las actividades de innovación), así como con la capacidad de las propias empresas nacionales.

Para que cuaje el enriquecimiento con desarrollo es también importante que los gobiernos de los países intervengan de manera activa y coherente, especialmente en lo que respecta a la innovación, la educación y la política de inversiones. Pero estas características tampoco se observan en la mayor parte de los gobiernos y dirigentes africanos. Todo lo expuesto hasta ahora pone de manifiesto la imposibilidad de crear una economía sana en África mientras existan depredadores foráneos y locales. Bajo estas circunstancias, no sorprende que la población opte por emigrar.

La migración: un derecho, no un delito

La mayor parte de la emigración africana tiene como destino países de ese mismo continente. Las crisis económicas, guerras, hambrunas, miseria, precariedad, dictaduras, catástrofes naturales, expoliación de los recursos naturales, etc., provocan un verdadero “efecto expulsión” hacia los países más ricos (menos empobrecidos) de África. Costa de Marfil, Nigeria, la República Democrática del Congo, Sudáfrica, Kenia, Botsuana y Zambia han sido y son tierras que acogen más inmigrantes africanos que Europa.

La otra cara de la moneda la constituye la emigración hacia países europeos. Cada vez son más los africanos que eligen como destino el sur de Europa. España, que por su situación geográfica recibe un gran número de emigrantes, es un buen ejemplo. Aquí son las de-

sigualdades económicas, políticas, sociales y culturales entre Europa y África las que provocan, como apunta Mbuji Kabunda,²¹ el “efecto llamada”.

Pero, uno de los problemas relacionados con el fenómeno migratorio es considerar la emigración como un delito, con su consiguiente criminalización, y no como un derecho: el derecho a la vida y a la supervivencia. Lo contrario implica la adopción de actitudes contrarias a la naturaleza como impedir los contactos y los intercambios entre los seres humanos. Unos contactos que, por otra parte, explican la evolución de la especie humana. Además, no puede existir ninguna frontera contra el hambre, la miseria o la persecución. Concebir la emigración como un derecho daría pie a la destrucción de lo que alimenta el problema: la precariedad, la ausencia de democracia, las guerras locales y la destrucción masiva de los recursos naturales. Con ello quedarían erradicadas las causas principales de las desigualdades estructurales Norte-Sur. Esas diferencias –económicas, políticas, sociales y culturales– entre ambos continentes, Europa y África, constituyen el eje central de la emigración intercontinental, el verdadero “efecto llamada”.

²¹ Mbuji Kabunda, “La inmigración africana: resultado de los desequilibrios Norte-Sur y de las desigualdades internas”, en VV. AA., *Los retos de fin de siglo en África*, Mey, Barcelona, 1997. Mbuji Kabunda, “La inmigración africana. Verdades y contradicciones”, en *Letras Internacionales*, Nº 68, Madrid, 2000. Mbuji Kabunda, “Inmigración africana revisitada”, *Nova África*, Centro de Estudios Africanos, Barcelona, 2006.